

## VALLADOLID

# NO ESTA EL HORNO PARA SALCHICHAS

¿SE haría popular un concejal por repartir salchichas al pueblo? Su fama podría quizá conducirlo por los caminos de la alta política, "de la política de la capital", y quién sabe si provocarle una ascensión terrible y esplendorosa.

Podría hacerse famoso un Ayuntamiento entero. Salchichas y vino a repartir entre los habitantes de la ciudad. Si los antiguos decían aquello de "panem et circenses", ahora es ya de desenterrar los viejos proverbios y aplicarlos con perspectiva de marketing.

Y así, al alcalde y a los concejales de Valladolid no se les ocurrió otra cosa que encargar a un amigo la fabricación de quince mil bocadillos de salchicha y la compra de quince mil litros de vino para celebrar el final de las fiestas de San Mateo. Un sábado por la noche, a la una, el pueblo estaba citado en su Plaza Mayor para degustar este insólito obsequio de sus más inmediatas autoridades. Para alegrar la digestión se había concertado la actuación del grupo "Los Pomposos", cuya denominación es sin duda la más adecuada para ocasiones así. La fiesta, pues, tenía todos los aires de lo popular, al menos en esa extraña versión que de lo popular suelen tener algunas de las autoridades españolas. Aunque ya algún periódico había insinuado que 1975 no eran los años cuarenta y que el hambre, por lo tanto —el hambre de salchichas y de vino—, estaba oficialmente superada, el festejo continuó impertérrito su camino.

Ya la cosa se enturbió un poco cuando algunos vallisoletanos pasearon por la ciudad carteles que decían: "Más sueldos y menos salchichas". Como de costumbre, sin embargo, esto debía ser obra de las minorías, que aprovechan cualquier ocasión para armar camorra y no estar contentas con nada. ¿Qué tendrá que ver —se preguntaría algún concejal— el hambre con las ganas de comer? Hoy sábado, fiesta, hagamos la fiesta. Humana, simpática, cordial, insólita y quizá —Dios no lo quiera— favorecedora de algún impulso profesional a los que nos hemos forzado en crearla. Pero si eso ocurriera —si ascendiéramos en nuestra cotización— nos sacrificaríamos al servicio de la añeja capital de las Españas. De todas las que haya.

Las pancartas siguieron: "Más cultura". "Los clubs juveniles, con Valladolid; ¿Valladolid con los clubs juveniles?" Elementos de discordia. Siempre tiene que aparecer alguno que enturbie la sana diversión del pueblo llano, al que la convocatoria de una salchicha gratuita todavía le tiene que emocionar. El Ayuntamiento, sin embargo, había hecho su previsión: "Las salchichas son para comer, no para llevar". Si el afán salchichero de los vallisoletanos les conducía a hacer provisiones para otros días, los quince mil bocadillos podían no llegar a todos. La única previsión posible. ¿Quién puede hacer ninguna otra ante el posible espectáculo de quince mil personas hartas de vino reunidas en una plaza?

Y, claro está, sucedió. No sólo el accidente que costó la vida a una de las jóvenes que allí acudieron (fue aplastada por el camión del vino), accidente que cerró en tragedia la sana, límpida y fresca fiesta de los concejales, sino, por supuesto, la mancha negra que se ciernen ahora sobre unas trayectorias políticas que podían haber tenido a través de la salchicha la promoción que deseaban, amén de la institución de nuevas fiestas popu-

lares, de nuevos y más eficientes contactos entre las autoridades y el pueblo silencioso. ¡Basta de democracias fenecidas! ¡Basta de complicaciones que sólo conducen al deterioro de la convivencia! Un buen bocadillo de salchicha rociado con vino vale por mil urnas occidentales.

La fiesta, pues, se complicó. No fueron quince, sino veinte mil los vallisoletanos que se reunieron en la Plaza Mayor. No cabían. Y faltaban bocadillos. Y faltaban "Pomposos" para animar tanto personal. La previsión no había sido exacta.

Y los carteles continuaban. Los carteles de los disconformes minoritarios —unos trescientos— que bien calculó el presidente de la Comisión de Festejos, y que, según él, "se impusieron a veinte mil". "Salvajismo premeditado", decía al día siguiente en un periódico, al comentar algunos de los hechos: se arrancaron semáforos, se exhibieron letreros, se quemaron pancartas, se tiraron piedras contra el Ayuntamiento, se pidieron explicaciones sobre la muerte de la chica, inevitablemente aplastada por un camión que debía atravesar la Plaza abarrotada en lugar de estar ya en el interior.

La fiesta de la salchicha acabó en tragedia. Lo que para los concejales era una prueba de su buena disposición para acercarse a ese pueblo que siempre protesta por estar olvidado; lo que para otros no era sino un desmadre propio de un país cada día más imitador de su propia caricatura, acabó mal.

Los concejales se pusieron enfermos. El alcalde también. Las salchichas no se repartieron, "serán distribuidos a todos los Centros Benéficos y Asistenciales", dispuso la última disposición. Y el pueblo de Valladolid que quería más sueldo, más cultura, más fiestas populares y menos desmadre, se fue a su casa violento o callado. Sin fiesta.

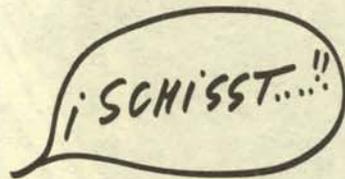
Al día siguiente, uno de los preclaros poetas que por todas partes hay supo definir la cuestión: "Tenemos una nueva reina y un nuevo ángel en el cielo". Los poetas florales, como siempre, sin enterarse de nada.

Y ya no hay institución de fiestas salchicheras y vineras. Ya no hay ascensión. ¡Dios mío, y qué difícil están poniendo esto de hacer política! ■  
D. GALAN.

1



2



## DECIAMOS MAÑANA

«Sucedió mañana» fue una de las películas de René Clair en Hollywood: el protagonista podía disponer del periódico del día siguiente. Era dueño de un breve espacio del futuro. De un solo día, de un solo canchilón de la noria del tiempo. Una anticipación suficiente para saber los resultados de las carreras de caballos, las cotizaciones de bolsa. Tremendas minucias. Es una de las más breves experiencias en la literatura de anticipación, en la utopía del futuro. Orwell emplazaba la suya para 1984; Wells —en «La máquina del tiempo»— en decenas de milenios. Huxley daba grandes zancadas de siglos. Ahora, en la «rentrée» literaria de París, abundan las novelas de anticipación. Casi al mismo tiempo se ha publicado «2024», de Jean Dutourd; en «Achetez moi les Amériques», de Claude Klotz, la acción transcurre en 1989. «Putsch», de Gilbert Toulouse, nos emplaza para 1984, el mismo año de Orwell —habrá que esperar ese año, si le dejan a uno, para ver lo que ocurre—, y Françoise d'Eaubonne, en «Le satellite de l'Amande» nos lleva al siglo XXI. Quizá la

anticipación más breve de la historia de la literatura sea la de Don Juan Tenorio que se adelanta el tiempo del último grano en el reloj de arena de su vida. Este sueño es viejo: ganarle tiempo al tiempo. Pero la moraleja general es negativa: todo tiempo futuro será peor.

¿Qué dirá el periódico de mañana? Es difícil escapar a la situación personal del emplazamiento: ¿qué diremos en el periódico de mañana, que diré yo en el periódico de mañana? ¿Habrá algún periódico mañana? ¿En quién habrá encarnado, entonces, el espíritu errante del Dr. Goebels? ¿Se podrá contar en el periódico de mañana el tiempo de hoy?

Preguntas inútiles. La nostalgia del futuro es algo que conviene desechar cuanto antes. Como todas las nostalgias. «No hay más cera que la que arde», apunta el dicho español. No hay más tiempo ni hay más vida que esta apurada y difícil del tiempo presente. Quizá se pueda tener esa auténtica nostalgia: la de que el presente no pueda ser realmente lo que es.